

Elecciones presidenciales 2017: un *déjà vu* de la tradicional política ecuatoriana

MANUELA CELI MOSCOSO
ENERO 2017

- Las próximas elecciones generales en febrero de 2017 se muestran como un espejo en el que se reflejan todas las recurrencias y limitaciones del sistema político ecuatoriano. Tras una década de predominio casi excluyente de Alianza PAIS como fuerza hegemónica en el escenario nacional, hoy se constata una tendencia a la reconstitución de un escenario político que, a pesar de la proliferación de opciones diversas, no resulta alternativo debido a la inercia de la política oficial y el reaparecimiento de antiguos sectores conservadores bajo nuevos mambretes partidarios. El contexto permite también una constatación de la repetición de dinámicas electorales, de alianzas, de propuestas reincidentes y de la incapacidad de las élites para proponer proyectos de alcance nacional.
- El desgaste político de Alianza PAIS, los severos problemas económicos que atraviesa el país y el repliegue de las fuerzas progresistas en la región, son algunos de los elementos que coadyuvan al debilitamiento del oficialismo. Asimismo, la ausencia de Rafael Correa como candidato, incide directamente en las proyecciones electorales de la organización; expresa su falta de organicidad y su subordinación a un excesivo personalismo.
- Los ocho binomios presidenciales inscritos para las elecciones del próximo mes de febrero cubren un espectro ideológico relativamente diferenciable en términos discursivos. La disputa electoral se reduce a la estéril competencia entre dos sectores de la derecha frente al oficialismo, que amalgama posturas ideológicamente ambiguas. Además, sin mayores proyecciones de triunfo pero con cierta capacidad de incidir en el escenario, se encuentra la tradicional socialdemocracia, reconstituida en alianza con otros sectores autodenominados de centro o centro izquierda. Casi todos los candidatos tienen antecedentes políticos al igual que las organizaciones que los promueven. La mitad –entre los que están quienes tienen mejores posibilidades– cuentan con algún tipo de alianza o convenio con otras fuerzas. Tres repiten su candidatura a la presidencia, cinco han ocupado ya cargos públicos.
- Las impredecibles tendencias electorales están entre la posibilidad de un difícil y apretado triunfo del oficialismo en primera vuelta o un balotaje que enfrenta al candidato de Alianza PAIS –Lenin Moreno– con uno de los representantes de la derecha –Guillermo Lasso o Cynthia Viteri– que actualmente compiten por el segundo lugar. Este último escenario pondría en riesgo las posibilidades de Moreno, que no lograría los arrasadores resultados electorales obtenidos por Alianza País –y, sobre todo, por Rafael Correa– en periodos precedentes.
- Llama la atención la cifra de indecisos, así como también el porcentaje de nulos y blancos en las encuestas de intención de voto. Esto expresa, de alguna manera, la apatía ciudadana frente a candidaturas recicladas de partidos que se activan como maquinarias electorales previamente ausentes o lejos de los intereses ciudadanos; altos niveles de dispersión y desorganización política potenciados por esa representación difusas; inercias de las viejas dinámicas políticas que caracterizaron a una democracia de élites, ofertas intrascendentes y debates poco sustanciales propios de una confrontación vaciada de contenido. En indecisos, nulos y blancos se esconden votos castigo, votos por descarte, votos sin adscripciones.

Contenido

■	La “década ganada”: una historia política circular.	5
■	El escenario electoral 2017: mucho ruido para tan pocas nueces.	7
	Un crítico contexto previo	7
	La oferta electoral: fragmentación, alianzas fallidas y la muletilla ideológica del cambio	10
	Las alianzas electorales: encuentros, desencuentros y extravíos.	11
	Los candidatos: la exaltación de los individuos por sobre las tendencias	12
■	Respuesta ciudadana: la inasible intención de voto más allá de las predicciones.	15
	Los puntos ciegos del comportamiento electoral.	17
■	Escenarios posibles.	18



La “década ganada”: una historia política circular

Las próximas elecciones presidenciales son una disputa entre figuras más que entre partidos, en la que se juegan aptitudes individuales más que proyectos políticos. Un escenario de actores reciclados, organizaciones remozadas, habituales transfuguismos. Despliegue inicial de pactos temporales y pretensiones de alianza en las que, eventualmente, se cuelean conflictos de intereses. Caravanas políticas que recorren el país activando redes electorales; discursos acartonados y repetidos bajo un mismo lema sintomático para todas las candidaturas: “el cambio”. Una ciudadanía indecisa y escéptica. Votos castigo, por descarte y sin adscripciones. Inercias, polarización, fragmentación, cortoplacismo. En resumen, este es el panorama previo a las elecciones generales del 2017 en Ecuador, aunque fácilmente podría ser la descripción de aquel periodo que se caracterizó como una profunda crisis de representación, previo a la llegada de Alianza PAIS (AP) al tablero político.

Tras diez años de predominio casi excluyente de AP como fuerza hegemónica, el futuro proceso electoral funciona como un espejo en el que se reflejan todas las recurrencias y limitaciones del sistema político. Una coyuntura marcada por una cierta impredecibilidad a la que Ecuador se había desacostumbrado, en la que el candidato oficialista a la presidencia se enfrenta a una competencia un poco más reñida que en anteriores ocasiones, pone en evidencia un nuevo escenario político. Sin embargo, lo curioso es que dichos comicios parecen un viaje en el tiempo en el que se pueden identificar características similares a las que vivía el país durante los años noventa y principios del

2000. De esta manera, una década de supuesta estabilidad y significativos cambios en varios aspectos centrales –sobre todo en lo social– parece no haber modificado la institucionalidad y la cultura política. Para comprender algunos de estos *déjà vus*, resulta de utilidad un breve recorrido en torno a la trayectoria de los actores y organizaciones que han ido configurando el sistema de partidos y que hoy aspiran al gobierno.

La irrupción de Rafael Correa en 2006, se da en medio de un proceso de prolongado colapso del sistema político ecuatoriano. En una coyuntura de significativo desgaste de las principales figuras públicas y de sus organizaciones, la calle funcionaba como espacio de manifestación política. Mientras, las instituciones se encontraban secuestradas en una democracia de élites, atrincheradas en un sistema de partidos constituido como un pluralismo fragmentado. El clientelismo y el transfuguismo se tornaron parte consustancial de la política nacional.

AP descifra la fórmula precisa para el éxito en dicho contexto posicionando como candidato a un *outsider* que abanderara un discurso refundador anti partidocracia. Una vez en el gobierno, en medio de un escenario de legitimación altamente plebiscitario¹, los constantes triunfos electorales del oficialismo van minando aún más la presencia de otras fuerzas y actores, incapaces de superar los límites y distorsiones que los constituyen. Es así que el proceso de descomposición de los partidos tradicionales se va profundizando en esta etapa inicial de dicho proyecto político, autodenominado Revolución Ciudadana .

Este primer momento, que se extiende hasta el 2009, paralelamente, consolida la presencia de

1 Desde el 2006, han sido diez los procesos de voto impulsados entre elecciones y consultas. AP y sus propuestas han triunfado en todos.



AP, configurando un sistema de partido único de Estado que, sin embargo, carece de estructura orgánica y se sostiene, de manera casi exclusiva, en la imagen de Rafael Correa. Tanto el tipo de liderazgo, como la falta de institucionalidad, han constituido una estructura vertical que gestiona de manera jerarquizada y que derivan en un desdibujamiento progresivo de los límites entre gobierno, Estado y partido, bajo un formato profundamente personalista.

Las elecciones generales de 2009 vuelven a afirmar la supremacía de AP, a pesar del distanciamiento de ciertos sectores políticos y sociales que habían acompañado al proyecto desde sus inicios. El sistema de partidos se mantiene en crisis y sin capacidad de reconstituirse. Las opciones electorales –sobre todo aquellas que se alinean con preceptos conservadores– representan a la tradicional élite que continúa al margen, reducida en su capacidad no sólo de incidencia, sino también de participación política efectiva. Por su parte, ciertos sectores de izquierda que se vinculan con AP, retoman espacios de participación e incidencia².

Este panorama comienza a modificarse con las elecciones generales de 2013 y las locales de 2014. Las primeras permiten avizorar una incipiente

restauración de ciertos sectores que, más tarde, irán aglutinando la tendencia de oposición; mientras, las segundas son un punto de inflexión que da cuenta de cierto debilitamiento en la hegemonía de AP.

Para el año 2013, la oferta de binomios presidenciales refleja el estado del sistema de partidos en este segundo momento³. Por un lado, existe una oposición auto concebida como de izquierda, consecuente con los postulados originales de AP y procedente de sus propias filas⁴; mientras la Unidad Plurinacional de las Izquierdas reúne a actores como el Movimiento Popular Democrático (MPD) y Pachakutik (PK). Su presencia, aunque resulta poco significativa en términos de resultados, cuestiona por primera vez al oficialismo desde dentro, no sólo en lo ideológico sino también respecto de sus inconsistencias entre la declaración de principios y propósitos iniciales y la gestión efectiva.

Por otro lado y paralelamente, algunos sectores de derecha logran posicionarse progresivamente, ganando espacios a nivel local, bajo el formato de nuevos partidos como CREO en Guayaquil y SUMA en Quito. Asimismo, tratando de reacomodarse al nuevo escenario, está todavía presente la derecha populista representada por

2 En adelante, el presente texto hará referencia a tendencias políticas de izquierda o derecha en el escenario nacional partiendo de la premisa de que en Ecuador el término “izquierda” designa una diversidad de posturas políticas sin adscripciones ideológicas sólidas, que abarcan un amplio espectro de identidades desde las tradicionales socialistas, comunistas y maoístas, hasta versiones socialdemócratas locales. De su lado, el término “derecha” agrupa a diversas expresiones del *establishment*, herederas de la tradición liberal-conservadora, que perduran en liderazgos localistas como agentes político-ideológicos de las oligarquías y las élites económicas.

3 Cabe destacar que los últimos comicios generales (2013) tienen como antecedente la entrada en vigencia de un nuevo código de regulación electoral que incluye una reinscripción de las fuerzas políticas; proceso llevado a cabo hasta el 2016 en medio de serios y retirados cuestionamiento por irregularidades. Varias organizaciones perdieron su personería jurídica; solo algunas lograron reciclarse o reinsertarse.

4 Ruptura de los 25, por ejemplo, se presenta de manera autónoma e independiente.



el Partido Roldosista Ecuatoriano, Sociedad Patriótica o el Partido Renovador Institucional Acción Nacional.

En la medida en que ciertos caminos están trazados ya, las elecciones locales de 2014 marcan un parcial quiebre, hacia una nueva etapa. Los resultados afirman una tendencia, que si bien resulta endeble para entonces, en el contexto actual adquiere mayor relevancia. Registran el debilitamiento de la hegemonía de AP en lo local frente al posicionamiento de nuevas fuerzas como CREO, SUMA e incluso AVANZA que, aunque es aliada del oficialismo, actúa autónomamente.

Tanto Quito como Guayaquil, donde se concentra un importante porcentaje del electorado, quedan en manos de la derecha. AP pierde también Cuenca, la tercera ciudad del país. Un panorama inédito desde el 2006, en el que otros proyectos, actores y fuerzas se posicionan desde una confrontación con el oficialismo. La emergencia de adversarios incide en un progresivo cuestionamiento social a AP que, consciente de la disputa, renombra a su enemigo bajo la amenaza de lo que denomina “la restauración conservadora”.

Las próximas elecciones de febrero de 2017 son una continuación de esta tendencia a la reconstitución de un escenario político más diverso que, desgraciadamente, no resulta alternativo sino que encubre a las antiguas fuerzas conservadoras bajo nuevos mambretes partidarios. Son también una constatación de la repetición de dinámicas electorales, de alianzas, de propuestas reincidentes y de la incapacidad de las élites para proponer proyectos de alcance nacional que desactiven los desaciertos, desarrollen los aciertos de la última

década y apunten a las profundas transformaciones que el país requeriría en los ámbitos productivo, político, social y cultural.

El escenario electoral 2017: mucho ruido para tan pocas nueces

Un crítico contexto previo

De cara a las elecciones presidenciales del 2017, existen al menos tres condiciones coyunturales que explican el relativo debilitamiento de AP y que han permitido la restauración de algunas fuerzas políticas, mayormente inscritas en una tendencia conservadora. Por un lado, incide de manera directa la actual situación económica del país. El proceso de recesión, palpable desde hace más de un año, repercute en la percepción y demandas de la ciudadanía, una vez que comienza a sentir los efectos de la desaceleración. Si, según Latinobarómetro, en el año 2013 la población consideraba que la delincuencia era el mayor problema del país; para el 2015, el desempleo se ubica en primer lugar, seguido de los problemas económicos y la situación política. Un año después, un 62% de la muestra considera que los problemas más importantes son los económicos⁵.

Esta percepción tiene, en principio, dos grandes consecuencias que inciden directamente en la opinión pública. Por un lado, la posible falta de recursos para sostener el modelo como había sido planteado hasta ahora, desata críticas a una gestión no sustentable y dependiente de los ingresos petroleros. Siendo uno de los avances innegables de

5 Los datos de Latinobarómetro de 2016 a lo largo del texto hacen referencia a su informe anual disponible en el siguiente link: <http://www.latinobarometro.org/latNewsShowLatest.jsp>



la Revolución Ciudadana el significativo aumento del gasto social⁶, una caída en el presupuesto del Estado pone en riesgo su legitimidad de gestión. A esto se suma, por otro lado, el creciente cuestionamiento respecto de las prioridades presupuestarias y el destino de los fondos públicos. En ese sentido, juega en contra del gobierno el excesivo y persistente gasto publicitario, una política de significativa inversión en contratación de obras de infraestructura que no siempre se justifican en magnitud, calidad y/o costos, así como una escalada de casos de corrupción que involucran a varios sectores del gobierno.

El tema económico influye no solamente por los elementos que empujan una crisis, sino también por las respuestas por las que opta el oficialismo para palearla. Existen dos grandes situaciones que afectan profundamente a las finanzas nacionales. La primera es la apreciación del dólar –moneda nacional desde el año 2000– que incide directamente en el costo de los productos que Ecuador exporta y, por lo tanto, en su competitividad. La segunda, tiene que ver con la vertiginosa caída de los precios de las *commodities* a nivel internacional y sus efectos en un país cuya economía depende, principalmente, de la exportación de petróleo⁷.

Bajo estas condiciones, sectores de oposición llamaron la atención respecto de las dificultades que enfrentaría el gobierno para mantener su proyecto y criticaron fuertemente el fracaso del

prometido cambio de matriz productiva, oferta emblemática de AP desde hace algunos años. Paralelamente, para solventar la falta de liquidez del Estado, el oficialismo ha ido tomando decisiones que tuvieron una negativa repercusión social y que han sido también objeto de fuertes críticas por parte de la oposición. Tal es el caso de la imposición de salvaguardias, la venta anticipada de petróleo a China y Tailandia bajo condiciones que cuestionan el discurso oficialista de soberanía, un notable crecimiento del endeudamiento público⁸, el uso de reservas monetarias nacionales, entre otros.

Las condiciones económicas se agravan en abril del 2016 cuando la zona costera ecuatoriana se ve afectada por un terremoto de 7,8 grados de magnitud que deja como saldo 673 muertos, más de doce mil heridos y daños que superan los 3000 millones USD. El gobierno afirma que la reconstrucción de las zonas afectadas tendrá un costo 3344 millones USD y estima que el impacto en la economía nacional será de 0,7 puntos porcentuales sobre el crecimiento esperado del PIB para 2016. En esta situación, el oficialismo recurre a medidas de difícil aceptación social como el incremento del impuesto al valor agregado del 12% al 14%, contribuciones temporales de acuerdo a sueldo y utilidades, así como la venta de activos del Estado. Además, se gestionó un crédito de emergencia al FMI por 364 millones de dólares, que sumados a los anteriores supone un incremento significativo de la deuda nacional.

6 Según el Sistema Integrado de Gestión Financiera, el presupuesto para el área de desarrollo social pasó, en 11 años, del 3,9% al 9,9% del PIB. (<http://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/economia/8/la-inversion-social-para-2016-sera-de-3-458-millones>)

7 Según datos de la OPEP, el precio del petróleo tipo WTI, referencia para el ecuatoriano, estaba en 61 USD para el año 2006. Posteriormente, alcanza un pico de 110 USD en el 2012. Finalmente, en el 2016, el costo se ubicó en 41 USD. (http://www.opec.org/opec_web/en/data_graphs/40.ht)

8 En el año 2015 el pago registrado por deuda externa e interna llegó a 7350 millones de dólares. El pago por este concepto en 2014 fue de 4900 millones y una proyección de lo que posiblemente se habrá gastado en este rubro al finalizar el 2016 lo hace subir hasta casi 9 mil millones adicionales. (http://www.cepecuador.org/images/PDFs/coyuntura_ecuador_diciembre_2016.pdf)



En una coyuntura en la que la economía pierde dinamismo, entre 2015 y 2016, la tasa de desempleo creció de un 4,3% a un 5,2%. El empleo adecuado también se vio afectado con una baja de 7 puntos porcentuales, mientras el subempleo se incrementó del 14,8% al 19,4%⁹. Así, según datos del informe de Latinobarómetro 2016, a la pregunta sobre cuán preocupado está por quedar desempleado durante los próximos doce meses, las respuestas “muy preocupado” y “preocupado” suman un 62%. Esto, en el marco de la descrita situación económica general, influye también en una disminución importante de la demanda interna debido a la caída en el consumo de los hogares.

En un contexto que afecta directamente a las condiciones de vida de la población, se generan fisuras para el descontento social respecto de la gestión gubernamental y, posteriormente, para el impulso de candidaturas extraoficiales que abren el tablero de disputa electoral bajo un simplificado formato dicotómico de oficialismo vs. oposición.

El estado de la economía ha permitido posicionar, de manera trivial, temas relacionados con la liquidez estatal, la política comercial, la industria nacional, los impuestos, los tratados comerciales, entre otros. De esta manera, mientras el gobierno se esfuerza por negar la crisis, a través del uso del eufemismo de la desaceleración; la oposición se encarga de fortalecer la percepción de crisis, señalando al gobierno como responsable por su mal manejo económico, sobreendeudamiento y despilfarro de recursos.

Al elemento económico, y también como resultado del mismo, se suma el componente de desgaste político del gobierno y del partido. AP nunca se constituyó como un movimiento orgánico con estructura, democracia interna ni mecanismos de incorporación de bases o formación de cuadros. El formato de conglomerado de amplia convocatoria por el que optó, no involucró a sus aliados en espacios de toma de decisiones o de incidencia efectiva. Asimismo, en la medida en que la fuerza de la organización depende, de manera casi exclusiva, de la figura de Rafael Correa, no se promovieron otros liderazgos.

Esto ha dejado dos secuelas. Por un lado, durante esta década AP ha visto modificado su tejido asociativo constantemente. Sus aliados iniciales se fueron separando de la organización y la relación con buena parte de sus bases de apoyo, vinculadas a movimientos sociales, se quebró desde la denuncia a las inconsistencias y contradicciones de la gestión en relación al proyecto inicial; así como a una dinámica política excluyente, autoritaria y represiva¹⁰. Electoralmente, esto implica la pérdida de apoyos, pero también la movilización de estos sectores que impulsan una voz crítica e incluso proyectos autónomos a los que Correa califica de forma despectiva como izquierda “radical” o “infantil”.

Otro elemento que incide de manera decisiva en las próximas elecciones es la ausencia de Rafael Correa como candidato, a falta de una figura capaz de tomar la posta con autonomía, legitimidad y reconocimiento propios. La diferencia que se

9 Datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (<http://www.ecuadorencifras.gob.ec/institucional/home/>).

10 Destacan, sobre todo, los conflictos con organizaciones enfocadas en medio ambiente por la política extractivista que impulsa el gobierno; así como conflictos con sectores indígenas y actores políticos que demanda un reconocimiento como interlocutores válidos para el posicionamiento de demandas.



ha visto entre voto local y nacional, habla de su centralidad y de los espacios disponibles para nuevas representaciones. A esto se suma el desgaste de AP cuyos efectos son mayores con Correa al margen.

El discurso altamente confrontativo de Correa y su gobierno, su gestión con tintes autoritarios, la persecución a figuras críticas, el bloqueo de espacios de diálogo con otros actores políticos y sociales han ido deteriorando la imagen del oficialismo y generando profundas resistencias en la sociedad civil, sobre todo en los sectores medios. La oposición saca ventaja del momento, visibilizando temas polémicos como la libertad de expresión y los controles a la prensa, la carga tributaria, el gasto público, el bombardeo publicitario del gobierno y la corrupción.

Finalmente, un tercer elemento que incide en la posibilidad de que emerjan otras fuerzas, rompiendo el sistema de partido único consolidado hasta ahora, constituye la situación política regional. El año 2015 dio un giro a la tendencia progresista que venía gobernando en varios países sudamericanos. Mientras Macri –empresario de derecha– gana las elecciones presidenciales en Argentina; en Venezuela la oposición logra una mayoría calificada en el parlamento. De igual manera, en el 2016, Bolivia le dice “no” al referéndum que buscaba abrir la posibilidad de reelección de Morales. A esto se suma, a través de un procedimiento inconstitucional, el *impeachment* de Rousseff que le permite a su vicepresidente Temer tomarse el gobierno en alianza con los sectores de derecha más recalcitrantes en Brasil.

Hechos que anuncian lo que parecería ser el fin de un ciclo, que por la serie de imposturas respecto de las concepciones y programas políticos progresistas y una gestión autoritaria, hoy han abierto nuevamente el camino a las fuerzas más retardatarias en América Latina. Sin la contención

regional de procesos que exhibían políticas coincidentes entre los países involucrados, cada uno, de manera aislada, va perdiendo fuerzas en su capacidad de posicionar un discurso y un proyecto de integración. La pérdida de legitimidad de los aliados políticos y las críticas que se levantan desde distintos frentes internacionales, inevitablemente inciden en la popularidad de AP y su propuesta.

La coyuntura que generan estas tres condiciones descritas explica, en gran medida, la situación electoral actual en Ecuador, las características bajo las cuales trata de reconstituirse débilmente un sistema de partidos, los debates que movilizan a la opinión pública, la situación del oficialismo así como los límites y alcances de la oposición.

La oferta electoral: fragmentación, alianzas fallidas y la muletilla ideológica del cambio

Los ocho binomios presidenciales inscritos en Ecuador para las elecciones del próximo mes de febrero cubren un espectro ideológico relativamente diferenciable en términos discursivos. La disputa electoral se reduce a la estéril competencia entre dos sectores de la derecha frente al oficialismo, que amalgama posturas ideológicamente ambiguas. Además, sin mayores proyecciones de triunfo pero con cierta capacidad de incidir en el escenario, se encuentra la tradicional socialdemocracia, reconstituida en alianza con otros sectores autodenominados de centro o centro izquierda. Casi todos los candidatos tienen antecedentes políticos al igual que las organizaciones que los promueven. La mitad –entre los que están quienes tienen mejores posibilidades– cuentan con algún tipo de alianza o convenio con otras fuerzas. Tres repiten su candidatura a la presidencia, cinco han ocupado ya cargos públicos.



Las alianzas electorales: encuentros, desencuentros y extravíos

A inicios de año, cuando comenzaban a divulgarse posibles nombres para las elecciones presidenciales, el escenario político se constituyó de una manera particular. La oposición, consciente de su debilidad, apuntó a la conformación de alianzas como estrategia para competir con el oficialismo. Los actores políticos manifestaban públicamente la importancia de superar diferencias programáticas e ideológicas para unirse bajo el paraguas de frentes más amplios. Aspiraban, como se ha dicho ya, a la a posicionar una suerte de dicotomía en la que se evidencien dos posturas claramente polarizadas.

Para entonces el único candidato proclamado era Guillermo Lasso. Postulante por segunda vez, su partido CREO ha trabajado en sus aspiraciones electorales desde hace algunos años. La plataforma Compromiso Ecuador que creó en el 2014, le era de utilidad para la convocatoria de sectores interesados en apoyar su candidatura. Inicialmente, mantuvo acercamientos con miembros de algunas organizaciones como Pachakutik, que actuaban de manera autónoma. Asimismo, fue sumando a ex partidarios de fuerzas tradicionales y a ciertas agrupaciones de la sociedad civil, sobre todo gremiales. Fue un recurso para consolidar redes y relaciones. Hoy la plataforma resulta casi inexistente y es a través del partido que se gestiona el proceso.

De igual manera, en el año 2015 se creó la coalición Convergencia Democrática por la Unidad –conocida como “La Unidad”– impulsada por la derecha tradicional del Partido Social Cristiano, el Movimiento SUMA (cuyo principal líder es el actual alcalde de Quito), el Partido Avanza que hasta hace poco había sido aliado del gobierno, entre otros. Si bien promovían, sobre todo, la importancia de la

unión más allá de las diferencias, se trata de una alianza mayoritariamente de derechas, que además convocó a sectores con una adscripción ideológica flexible. Su objetivo era, principalmente, obtener la mayor cantidad de curules en la Asamblea. Sin embargo, cuando se decide su opción electoral, la coalición se disuelve por falta de consenso e imposiciones socialcristianas. Su candidata es la ex asambleísta, Cinthya Viteri, militante del PSC que aspira a la presidencia por segunda vez.

El tercer intento de alianza es el Acuerdo Nacional por el Cambio, pacto político que reúne a la remozada socialdemocracia ecuatoriana comandada por el partido Izquierda Democrática (ID), el partido indígena Pachakutik y la también reinscrita izquierda maoísta que ha pasado de ser el MPD a ser la Unidad Popular (UP); entre otros. Un proceso de primarias internas resolvió la candidatura a la presidencia del general retirado Paco Moncayo, militante histórico de la ID cuya posterior trayectoria política incluyó una alianza con Ruptura de los 25, ex aliados del gobierno. A pesar de que la relación entre sus miembros se mantiene, la candidatura de Moncayo se posiciona socialmente desde la figura de la ID, generando cierta libertad de acción en las bases de los otros partidos que no necesariamente reflejarán la posición de sus respectivos líderes y dirigentes.

Finalmente, Alianza PAIS se presenta más aislado que nunca respecto de otras fuerzas. De sus aliados políticos queda solamente una relación parcial con ciertos sectores del Partido Comunista y del Partido Socialista.

Así, el escenario inicial de estrategias asociativas se va diluyendo en los personalismos de los candidatos y las disputas por el control de las respectivas plataformas políticas. Todas las fuerzas, distanciadas y en constante conflicto entre sí, se apropian de una misma consigna vaciada de contenido: la del “cambio”.



Los candidatos: la exaltación de los individuos por sobre las tendencias

A poco más de un mes de las elecciones generales las intenciones de voto se concentran, sobre todo, en 3 candidaturas: el oficialista Lenin Moreno, Guillermo Lasso y Cinthya Viteri. Si bien la candidatura de Paco Moncayo no reúne el porcentaje necesario para ser considerada en una proyección de resultados, tiene ciertas características y niveles de incidencia que ameritan incorporarla en el análisis. No es el caso de las otras cuatro que resultan irrelevantes, al encontrarse por debajo del 4%, en la intención del voto. Se trata del ex asambleísta Abdalá Bucaram Pulley por el partido Fuerza Ecuador (FE), Patricio Zuquilanda por el Partido Sociedad Patriótica (PSP), Iván Espinel por el Movimiento Fuerza Compromiso Social (FCS), el ex Fiscal del Estado Washington Pesantez, por el Movimiento Unión Ecuatoriana.

El proceso de selección del candidato oficialista **Lenin Moreno** fue producto de una decisión interna de AP, tras varios meses de negociaciones que pusieron en evidencia las rupturas internas y los diversos intereses y sectores que se han ido fraguando al interior de la organización. Jorge Glas, candidato a la vicepresidencia y hasta antes de las elecciones, vicepresidente de Correa, representa a una rama conservadora cercana a élites financieras. Se encuentra vinculado a la actual política extractivista del gobierno, así como a la ejecución de mega proyectos de infraestructura y al mantenimiento de un rentismo petrolero.

Lenin Moreno, por su parte, ha gozado de una significativa popularidad social que responde a un perfil conciliador escasamente confrontativo y a su

trabajo con sectores vulnerables como la población con capacidades especiales. Hoy se enfoca en posicionar la idea de un continuismo con cambios. Se esfuerza por diferenciarse de los años anteriores pero usufructuando del vínculo legitimador. Como candidato, es el producto de un agotamiento de las dinámicas políticas autoritarias y conflictivas de Rafael Correa. Ensayo así un liderazgo que llama al diálogo y que basa su discurso en palabras como “amor”, “solidaridad” y “ternura”. Bajo estas nuevas formas, los contenidos son los mismos que ha impulsado la Revolución Ciudadana desde sus inicios en temas como la inversión social, la importancia del sector energético y el cambio de matriz productiva, la centralidad del Estado.

El planteamiento de Moreno insiste en la distinción entre dos proyectos en disputa: el de AP que corresponde a una “visión socialista” y el de los demás candidatos que representan una “visión neoliberal”. Destaca su interés en la inversión en obras públicas, la regulación del mercado, la industrialización selectiva, la protección de derechos y el condicionamiento a la inversión extranjera desde la priorización de la soberanía y protección de intereses nacionales. Su propuesta se presenta bajo el ya utilizado formato de “diez revoluciones”¹¹.

Guillermo Lasso ha sido candidato desde el 2014, promovido por sectores de la banca, sin más estructura partidista que la necesaria para impulsar procesos de lobby que lo fortalezcan. Para el tiempo que lleva trabajando en su candidatura, el alcance de la misma es bastante limitado. En el 2014 obtuvo un 22,68 % de votos frente a Correa y en las condiciones actuales se mantiene cerca de dicha cifra. Andrés Páez, su binomio presidencial,

11 Las revoluciones son la económica y productiva, la social, la política y constitucional, la del conocimiento y de las capacidades, la de la justicia, la de la seguridad y convivencia, la cultural, la ética, la de la soberanía e integración, la ambiental y la urbana.



no ha sumado apoyos. Se trata de una figura de la política tradicional que militaba en la ID, lo cual hace que el salto de la socialdemocracia a la derecha, cuestione su flexibilidad ideológica.

Lasso parte de una crítica radical y abierta al oficialismo. Enfoca su propuesta en los incentivos a la inversión privada y la economía, priorizando el turismo a partir de un formato de zona franca. Plantea la reducción de impuestos y aranceles, con lo cual pretende persuadir a la clase media y de los importadores; porque banqueros y exportadores los tiene asegurados. De manera general, sin precisión alguna, destaca la importancia de asegurar las libertades individuales en un contexto de contracción del papel del Estado.

Lasso es una figura controversial, no sólo por su falta de carisma y distancia respecto de los problemas sociales, sino también porque su trayectoria política lo vincula a la crisis del año 2000, el proceso de dolarización del país y el salvataje bancario que afectó a la gran mayoría de la población, en medio de la peor crisis económica que ha vivido Ecuador. Su estrategia de marketing trata de posicionarlo mediante la exaltación de su éxito económico como principal destreza pero también como garantía de probidad en el desempeño de una labor de servicio público.

Por su parte, **Cynthia Viteri**, representa a la derecha tradicional y al partido que, bajo la presidencia de León Febres Cordero, ha sido condenado por su política económica neoliberal y por su gestión de abierta transgresión a los Derechos Humanos. Derecha que, atrincherada localmente en la costa ecuatoriana, sobre todo, en la ciudad de Guayaquil, ha sufrido un proceso de debilitamiento progresivo durante los últimos años y no ha logrado, sino en la ocasión mencionada, un alcance nacional. Viteri fue candidata a la presidencia en el año 2006, alcanzando 9,63% de votos; ha sido diputada y asambleísta en varias ocasiones. Su binomio, Mauricio Pozo, economista

vinculado a sectores empresariales y financieros, con cargos en la Bolsa de Valores y la Cámara de Comercio de Quito, se desempeñó también como ministro de Finanzas durante el gobierno de Lucio Gutiérrez. No constituye una figura pública significativa que sume votos a la candidatura de Viteri. Tiene, más bien, una posición de técnico desde una perspectiva económica liberal.

La propuesta de Viteri parte también de una incisiva crítica al gobierno y se diferencia desde la idea de cambios radicales. Sus principales planteamientos tienen que ver con mejorar la confianza internacional y seguridad jurídica en el país para impulsar la inversión extranjera. Su discurso prioriza además las mejoras del aparato productivo y el crecimiento de la propiedad privada, descentralizada y autónoma, como fuente de empleo. Propone también la eliminación de impuestos y la reducción de tarifas eléctricas para ayudar a la empresa privada. A través de préstamos, ofrece fortalecer la agricultura como mecanismo para dejar de ser exportadores de materias primas.

Finalmente, **Paco Moncayo** es la alternativa al oficialismo de quienes no se sienten representados por planteamientos cercanos a una ideología de derecha. Se trata de una figura pública de larga trayectoria tanto militar –como general del ejército– como política de alcance local en ciertos sectores de la sierra y en la capital. Fue alcalde de Quito por dos periodos y posteriormente asambleísta. Monserratt Bustamante, su binomio, es una de las principales debilidades de su candidatura, en la medida en que no tiene ninguna trayectoria política ni experiencia en el sector público y, por lo tanto, no suma votos a Moncayo que, de por sí, no alcanza los necesarios.

Paradójicamente, la candidatura de Moncayo, beneficia a AP en la medida en que dispersa el voto de oposición sin resultados efectivos. Se posiciona desde una perspectiva que afirma ciertos logros del gobierno pero en el marco de



modificaciones que establezcan una diferencia. En la línea de continuidad con cambios, se desmarca de las posturas anti oficialistas, lo cual implica una competencia con Moreno, difícilmente sostenible.

Este binomio abre un nicho de participación a sectores como PK y la UP que necesitaban aunar fuerzas para mantenerse en el terreno político, así como a otros que quedaron sin partido en la dispersión que van dejando las rupturas de AP con sus aliados. De esta manera, esta alianza podría resultar beneficiosa en las elecciones legislativas y, a su vez, buscaría la superación del desgaste político y el conflicto interno que provocó el colapso de la ID. Si bien, esta opción electoral podría tener una proyección a largo plazo; en lo inmediato, su único efecto será el fraccionamiento del comportamiento electoral.

En definitiva, las tres opciones con mejores posibilidades reflejan inequívocamente los repetidos límites del sistema de partidos en Ecuador. Evidencian, por un lado, un estéril fraccionamiento de una derecha en proceso de reconstitución que, en la apuesta por sus intereses sectoriales, no logra generar acuerdos útiles para sus objetivos electorales debido a pugnas de poder y a la incapacidad para establecer acuerdos programáticos. Por su parte, la izquierda, profundamente debilitada, al igual que las organizaciones locales, no encuentran un espacio para posicionarse como una alternativa política frente a un oficialismo que se ha adueñado de su aparato simbólico.

Asimismo, los partidos y sus liderazgos locales reproducen la incapacidad de constituirse como proyectos nacionales y tratan de solventar esa debilidad, nuevamente, a través del recurso de los binomios de composición costa-sierra¹². Todas las fuerzas presentan una falta de estructura y organicidad congénitas. Se activan como maquinarias electorales bajo los mismos formatos y recursos que utilizaban durante la crisis de representación de los noventa; incapaces de organizar bases de apoyo ni adscripciones ideológico-políticas. De igual manera, al no desarrollar mecanismos para la formación de cuadros nuevos, terminan reciclando viejos y conocidos actores.

Finalmente, el hecho de que todos los candidatos hayan incluido en sus spots y slogans la palabra “cambio”, da cuenta de una campaña sancionadora que, sin embargo, no cuenta con fuerza argumentativa ni establece propuestas reales que permitan avizorarlo. Mientras Lasso y Viteri tienden, con la promesa de cambio, más hacia una idea imprecisa de refundación, siempre presente en los periodos electorales del país, Moreno la formula como una respuesta al hablar de “cambio verdadero”.

Las estrategias discursivas de las campañas, entendidas como respuesta al estado anímico ciudadano, develan un agotamiento del proyecto político en general y una demanda de modificaciones en relación no sólo a la dinámica confrontativa que lo ha caracterizado sino también a la gestión misma de propuestas para superar la crisis y propiciar un desarrollo estructural.

12 Alianza PAIS es quizá el único partido que tiene un alcance nacional, consolidado durante estos diez años a través de la significativa capacidad de convocatoria de Rafael Correa. Hoy, si bien el binomio oficialista se beneficia de dicha condición, ni Moreno ni Glas tienen, de por sí, reconocimiento nacional, como tampoco tienen la legitimidad necesaria para alcanzarlo, al menos, en lo inmediato.



Respuesta ciudadana: la inasible intención de voto más allá de las predicciones

Si bien, el 2016 fue un año en el que se evidenciaron los límites de las encuestas enfocadas en la intención de voto ya sea en elecciones –como por ejemplo la estadounidense– o en otro tipo de consultas –como el Brexit en el Reino Unido o el Tratado de Paz en Colombia– son un recurso útil para marcar tendencias. En Ecuador, se llevan haciendo mediciones para estas elecciones desde hace más de un año, sin embargo, para efectos del presente análisis se considerarán únicamente aquellas que se han realizado una vez que se conocen las candidaturas en octubre del 2016. Se tomarán en cuenta, principalmente, los datos preparados por tres encuestadoras: Perfiles de Opinión (PO), Cedatos (CD) y Market

(MK). Todas han sido avaladas por el Consejo Nacional Electoral y son las que mayor cantidad de información han difundido públicamente y con más frecuencia¹³.

De manera general, las encuestadoras coinciden en ubicar a Lenin Moreno liderando la intención de voto. Las diferencias comienzan a partir de la segunda opción en la que se ubican Lasso y Viteri. Cabe destacar que el porcentaje de nulos y blancos es alto, al igual que el de indecisos. En términos de tendencias, hay algunas variaciones desde el mes de octubre pero, la mayoría de encuestadoras, no registra saltos significativos. Finalmente, en lo que se refiere a las posibilidades de predicción a partir del análisis de proyecciones, el que se requiera o no de una segunda vuelta aún no está claro.

El siguiente cuadro resume las últimas cifras entregadas por las encuestadoras en enero de 2017:

	Lenin Moreno	Guillermo Lasso	Cynthia Viteri	Paco Moncayo	Nulo	Blancos	Indecisos
Cedatos (23 Enero)	34,3%	22,9%	11,4%	8%	11,7%	4,9%	39%
Market (20 Enero)	28,17%	16,57%	17,98%	13,22%	9,2%	6,7%	37,8%
Perfiles de Opinión (8 Enero)	35%	17%	14%	8%	12%	7%	33%

Fuente: Elaboración propia con información difundida por las encuestadoras en sus páginas web o en prensa.

13 Es importante precisar que los datos que entrega cada una de estas encuestadoras no son comparables entre sí debido a las diferencias de metodológicas y al tipo de muestras empleadas. Lo que se pretende realizar son contrastes entre sus resultados para tener un panorama más completo.



Destacan tres elementos en las estimaciones: respecto de Moreno hay una coincidencia en las cifras; Moncayo no alcanza el porcentaje necesario para llegar a un balotaje en ninguna; finalmente, las encuestadoras difieren respecto de la segunda posición. Además, llama la atención, como se ha dicho ya, el hecho de que blancos y nulos sumen entre un 16% y un 19% en las tres mediciones. Situación que, junto al alto porcentaje de indecisos, genera un marco de incertidumbre significativo.

Considerando que la utilidad de las encuestas no está en la fotografía fija de cada medición, resulta imprescindible una mirada al desarrollo de las tendencias en el tiempo. Moreno se ha ubicado siempre a la cabeza, no obstante, todas las mediciones destacan una propensión a la baja desde octubre del 2016. Las variaciones no son significativas –con excepción de los 11 puntos menos que detecta PO de octubre a diciembre– pero revelan la imposibilidad de despuntar del binomio AP y lo lejos que se encuentra de los arrasadores resultados electorales que ha obtenido el oficialismo en periodos precedentes y con Correa de candidato.

El segundo lugar lo disputan Lasso y Viteri¹⁴. Se trata de una estéril competencia que resulta perjudicial tanto para las dos candidaturas, que terminan estancándose, como para la perspectiva de una segunda vuelta. Lasso –según CD y PO– se encuentra por encima de la aspirante socialcristiana que, aunque presenta una disposición al crecimiento, lo hace de manera paralela y proporcional al binomio de CREO.

Ninguno de los dos registra el repunte suficiente como para asegurar un balotaje. Lasso, más bien, tiende a encallarse. Considerando que la tendencia al alza es de máximo tres puntos en ambos casos, a un mes de las elecciones, resulta complicado un cambio significativo.

La Constitución determina que, para ganar en primera vuelta, se debe alcanzar un 50% de votos válidos o un 40%, con una diferencia de diez puntos por sobre quien se encuentre en segundo lugar. Moreno cumple con esta segunda condición en toda las mediciones aquí presentadas, sin embargo, en ninguna llega al 40%¹⁵. Así, para establecer la tendencia se esperaría que los próximos conteos muestren una superación del empate técnico entre Lasso y Viteri, posicionando a uno de los dos en segundo lugar. Se constata que Lasso tendría mayores posibilidades porque se encuentra a una menor distancia de Moreno que, si mantiene una propensión al decrecimiento, aportaría también en este sentido. Los puntos porcentuales que se requieren para este escenario son menores que los que se requieren para un giro que implique el triunfo del candidato oficialista en primera vuelta.

Finalmente, según PO, que realiza su encuesta en las tres principales ciudades del país, Moreno ganaría en Cuenca mientras Viteri logra posicionarse como favorita en Guayaquil por sobre Lasso, con la diferencia de que Viteri, según MK, tiene mayor llegada entre los jóvenes de 14 a 24 años y Lasso entre quienes tienen de 35 a 44 años. Pese a que Moncayo se encuentra en primer lugar en Quito, esto no es suficiente para impulsarlo.

14 Cabe destacar aquí que la única encuestadora que ubica a Viteri por sobre Lasso es Market y ha sido contratada por el PSC para monitorear el proceso.

15 Aunque otras encuestadoras le dan a Moreno hasta un 44% de atención de voto, cabe aclarar que a fin de asegurar veracidad, no han sido incluidas como fuentes en este análisis. Sin embargo, es importante considerar que en el conteo oficial no se toman en consideración los votos nulos y blancos. Esto quiere decir que al sacarlos del universo de votantes, considerado únicamente los votos válidos, los porcentajes de los candidatos aumentarán y Moreno podría acercarse o, incluso, obtener el 40% que necesita.



Será determinante el voto de la sierra central que dependerá, entre otras cosas, de si por ejemplo, PK ha sido capaz de movilizar sus bases en función de la coalición con la ID.¹⁶

De igual manera, un voto fundamental será el de la provincia de Manabí –tercera provincia en número de electores– donde el gobierno se juega el juicio de su población respecto de su intervención post terremoto. Asimismo, podría anticiparse que en las provincias donde se concentra la actividad minera se exprese un voto de protesta contra al binomio oficialista por los múltiples y violentos enfrentamientos que mantiene el gobierno en dichas zonas en la actualidad; tal es el caso de las provincias de Esmeraldas, El Oro, Imbabura, Zamora, Napo, Morona Santiago, que cuentan con potencial minero o se encuentran ya en condiciones de explotación.

Los puntos ciegos del comportamiento electoral

Estas elecciones ponen a la ciudadanía en la condición de optar sin adscripción ni convicción. Ninguno de los candidatos tiene el potencial suficiente para movilizar un porcentaje significativo de adherentes o, al menos, de simpatizantes temporales. Los datos con los que se cuenta presentan las condiciones para al menos tres tendencias de voto que se esconden detrás de

los altos porcentajes que suman nulos y blancos, así como indecisos.

Por un lado, frente a una oferta electoral reciclada, y en muchos casos disfrazada, sin propuesta de renovaciones que vayan más allá del discurso de cambio, sospechosamente reiterado por todos y vaciado de contenido, la respuesta es la apatía política ciudadana frente a las elecciones, expresada en el porcentaje de nulos y blancos. Tómese en cuenta que en las últimas encuestas para PO suman un 19%, para MK un 16% y para CD un 19,6%. Se asume que esta cifra irá bajando durante las siguientes semanas pero si, finalmente, supera el 7% alcanzado en las elecciones anteriores, podría significar una alerta al sistema político.

En la definición de dichos votos, al igual que en la de los indecisos, se contienen también otros posicionamientos que será necesario considerar para valorar este proceso electoral y las causas de sus resultados. Este es el caso del voto sanción para AP que no encuentra una alternativa política superadora. Se trata de sectores diversos de votantes: bases de organizaciones sociales que entraron en conflicto con el gobierno por la afectación a sus intereses o por no sentirse representados; bases de partidos políticos que fueron aliados del oficialismo y que hoy en día mantienen conflictos activos, algunos del sector indígena; la ciudadanía inicialmente adherente pero que hoy critica la

16 La candidatura de Paco Moncayo ha ido creciendo en intención de voto durante los dos últimos meses sin llegar a números significativos en términos de resultados. Se beneficia, sobre todo, de un votante que se quedó sin representación en el proceso de debilitamiento de Alianza País y/o en la ausencia de Correa como candidato. Sin embargo, es difícil que Moncayo llegue a una segunda vuelta porque no tiene recursos para competir en la costa frente a Lasso y Viteri que tienen mucho más fuerza y reconocimiento. En la sierra se disputa un electorado con Moreno y AP que, si bien se han visto salpicados por escándalos de corrupción y son parte de la extenuante dinámica que antepone la confrontación a un debate de contenidos, tienen la ventaja de ser el oficialismo que aún arrastra votos. Así, es muy poco probable que sea parte de un balotaje pero, si llegara a suceder, se trata de una candidatura que generaría más consenso que Lasso o Viteri porque, ideológicamente, genera menos resistencias. El discurso de la socialdemocracia podría tener un alcance más amplio.



desviación de AP de su propuesta inicial. Este voto que funciona, frecuentemente, bajo una lógica de descarte tendería en busca de alguna identidad, a apoyar a Moncayo pese a que no tiene posibilidades de ganar, porque se resiste a votar por un banquero de derecha o por la representante del conservadurismo tradicional socialcristiano.

De igual manera, incide en blancos, nulos e indecisos, la posición de la clase media –pequeños industriales, productores, comerciantes, propietarios y empleados públicos– que ha sido uno de los sectores beneficiados con el crecimiento económico y, por lo tanto, afectados por la crisis. Su inconformidad frente a las expectativas de movilidad social no resueltas, al desconcierto respecto de la estabilidad laboral y al estancamiento de mejoras salariales y de calidad de vida, juega contra el oficialismo. Esta predisposición electoral se profundiza a partir de dos aspectos presentes hoy en los medios de comunicación, las redes sociales y en el debate político que, indefectiblemente, inciden en su posicionamiento electoral. El primero es el incremento de los impuestos en el marco de la reforma tributaria impulsada por el oficialismo. El segundo son las denuncias de corrupción relacionadas con los Panama Papers y el caso Odebrecht.

Son esas mismas clases medias las que consumen la oferta noticiosa de los medios de comunicación y que, por lo tanto, manifiestan preocupación por las denuncias respecto de los controles a los mismos y las restricciones a la libertad de expresión. Según Latinobarómetro 2016, Ecuador es el país con más autocensura para la crítica según la percepción de los encuestados; sólo un 34% considera que hay libertad para hacerlo y eso es responsabilidad exclusiva del oficialismo.

Entre los indecisos se ubican también los que pretenden votar, de manera estratégica, por quien esté en segundo lugar. Esa decisión, que se posterga hasta el día de las elecciones, beneficiaría

a Lasso o Viteri, dependiendo del desarrollo de las tendencias en las próximas proyecciones electorales que podrán publicitarse sólo hasta diez días antes de las elecciones.

En definitiva, hay un voto oculto que responde a varias circunstancias y cuya distribución es incierta, en la medida en que no sigue una lógica o patrón, sino que concentra a diversos sectores indiferentes frente a la situación, no representados por las opciones o que, bajo las condiciones de selección por descarte, no revelan aún su decisión. Todas estas alternativas evidencian un escenario sin opciones y con electores fatigados, lo cual denota una crisis de representación que nunca se superó efectivamente

Escenarios posibles

Las elecciones presidenciales del 2017 presentan dos posibles escenarios. El primero sería un triunfo en primera vuelta que le es potencialmente posible únicamente al oficialismo, con la condición de que un porcentaje de quienes se declaran indecisos, finalmente opten por Moreno. De todas formas, tal y como están planteadas las cosas, AP no tendría el resultado contundente al que está habituado e iniciaría un nuevo ciclo en el que el respaldo popular es más bajo y sus líderes –Moreno y Glas– no contarían con la popularidad de Correa.

Además, cabe destacar que, bajo las condiciones de desgaste de AP, que se expresan con mayor fuerza en la popularidad de sus legisladores, es probable que la Asamblea se convierta en un espacio más diverso en el que el oficialismo tengan que ceder y pactar. Al respecto, los últimos datos entregados por PO a la pregunta: “si las elecciones para asambleístas provinciales fueran para hoy y se presentan candidatos de las siguientes organizaciones, ¿por quién votaría usted?” Las respuesta se dividen así: 35% Alianza PAIS, 17% Partido Social Cristiano,



15% Nulo o blanco, 14% CREO, 8% Aún no decide, 7% Izquierda Democrática y 4% Fuerza Ecuador. Este panorama permitiría romper, en alguna medida, con la concentración de poder pero, a su vez, podría provocar el retorno a una gestión legislativa conflictiva, estancada por los bloqueos internos entre las fuerzas que la componga.

Si, finalmente, Alianza PAIS logra ponerse al mando por cuatro años más, las dinámicas actuales del proyecto y sus protagonistas, permiten intuir que se acentuarán ciertos conflictos, sobre todo en torno al manejo de recursos y asuntos ambientales. De igual manera, es poco probable que se reduzcan los niveles de conflicto y autoritarismo con una sociedad civil más crítica y sectores políticos mejor posicionados.

El segundo escenario posible es un balotaje que enfrentaría a Lenin Moreno con uno de los dos candidatos de derecha que lideran las encuestas, Lasso o Viteri¹⁶. Como se ha dicho, las tendencias arrojan mayores posibilidades para Lasso. De todas formas, cualquiera de las dos opciones se vería beneficiada de buena parte de los votos de quien quede fuera. Mientras, el destino del electorado de Moncayo es menos predecible en la medida en que recoge buena parte de un voto castigo a Alianza PAIS y que, por lo tanto, difícilmente cambiaría de tendencia. Aunque se puede intuir que el candidato de la ID, que mantiene un discurso de cambio que respeta los avances ya alcanzados por la Revolución Ciudadana, apoye la candidatura oficialista, es poco probable que sus aliados –MPD y PK– en abierto conflicto con el oficialismo, sigan este camino. Las bases de dicha alianza podrían mostrar un comportamiento difícil de predecir.

Por otro lado, en el contexto de una segunda vuelta es probable también que los nulos y blancos decrezcan frente a un escenario de menor complejidad en el que se reducen las opciones de manera relativamente ideológica, generando

mayores estímulos para utilizar el voto como mecanismo de posicionamiento estratégico.

Más allá de los escenarios, lo importante de los presentes comicios es que revelan la situación del sistema político en general y sus actores. Diez años después de la hegemonía de AP, la mayor expresión de la inexistencia de una transformación profunda es una coyuntura política en la que no hay tendencias ni partidos, sino candidatos. El escenario electoral queda reducido a una disputa de individualidades que refleja los importantes límites sociales e ideológicos de las élites y sus opciones, así como la continuidad de una crisis en la que no hay organización política, ni conciencia social, ni mucho menos una mejor representación.

En condiciones de una oferta difusa y fragmentada, no hay un entusiasmo social por el voto en medio de un panorama de recurrente desorganización política. Todos los candidatos expresan las inercias de las viejas opciones, bajo estructuras regionales que les recuerdan su incapacidad de construir proyectos nacionales, de promover discusiones y oposiciones reales. En medio del reduccionismo “oposición vs. oficialismo”, no hay un debate significativo en el que se evidencien propuestas trascendentales que contengan proyectos de país.

De la situación descrita, más allá de las proyecciones electorales, lo que debe preguntarse es qué ha pasado durante la última década. La crisis de representación sólo podrá ser superada cuando la política nacional salga de su burbuja cortoplacista, proyectándose hacia la consolidación de un escenario más amplio y plural. Resulta imprescindible asumir como un ejercicio constante la observación y evaluación del sistema político a modo de escenario sintomático del proceso de construcción democrática del país. La coyuntura actual demanda más esfuerzos en ese sentido en la medida en que el debate electoral nuevamente resulta no solo banal sino, sobre todo, distorsionador.

Acerca de la autora

Manuela Celi Moscoso

Estudió Sociología en la Universidad de Chile en Santiago. Tiene una maestría en Estudios Latinoamericanos en el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset en España. Fue coordinadora de proyectos de FES Ecuador y ha trabajado también como consultora y analista política en el sector público. Actualmente es candidata a PhD por la Universidad Complutense de Madrid, con una estancia de investigación en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, Inglaterra.

Pie de imprenta

Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) Ecuador
Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS)
Av. República 500 y Martín Carrión, Edif. Pucará
4to piso, Of. 404, Quito-Ecuador

Responsable
Gustavo Endara | Coordinador de proyectos

Telf.: +593 2 2562103

<http://www.fes-ecuador.org>
<http://www.40-fes-ildis.ec>

 Friedrich-Ebert-Stiftung FES-ILDIS

 @FesILDIS

Para solicitar publicaciones:
info@fes.ec

Diagramación: graphus® 290 2760

Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador

La Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) es una organización alemana representada en más de 100 países del mundo comprometida con los valores de la democracia y la justicia social. Desde su llegada al Ecuador en el año 1974 como Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), la institución se ha desempeñado como centro de pensamiento progresista y facilitador de diálogos democráticos. El trabajo está enfocado en cuatro ejes: profundizar la dimensión social de la democracia, fomentar la justicia social, construir una economía justa, así como aportar a la gobernanza regional y la paz.

El uso comercial de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung.

ISBN: 978-9978-94-165-2